

20 REALES

AL AÑO

EN MADRID.

LA LINTERNA MÉDICA.

24 REALES

AL AÑO

EN PROVINCIAS.

PERIODICO SATIRICO DE CIENCIAS MÉDICAS.

Se suscribe en Madrid librería de Monier, de Cuesta y Villa; en provincias en las principales librerías y en las subdelegaciones de Medicina y Farmacia. También se hacen por medio de libranzas de correos, dirigidas FRANCAS DE PORTE al administrador de la LINTERNA, calle de los Estudios, número 9, cuarto principal.

VALOR DE LA HOMEOPATÍA.

Si la homeopatía tuviera algun valor médico, la rechazarían los hombres eminentes de la ciencia, los prácticos experimentados, ó los jóvenes de porvenir y esperanzas que continuamente salen de las escuelas?

No encontramos razon para ello: los catedráticos, cuyo principal cargo en la enseñanza, no solo es manifestar los principios fundamentales de la ciencia, sino enriquecer sus explicaciones con los progresos que esta alcanza diariamente, poniéndolos al alcance práctico de sus discípulos, están de enhorabuena el día que pueden envanecerse con una de esas adquisiciones que hace época en los fastos científicos, y cuyos resultados son tan beneficiosos á la salud pública. Por eso cuando un maestro da cuenta á sus oyentes del descubrimiento de un instrumento quirúrgico, que facilita el modo de hacer una operacion con conocidas ventajas á los usados anteriormente, rebosa el júbilo en su semblante, y se prepara al punto á ensayarlo con las debidas precauciones á presencia de los discípulos. Si el éxito corona sus esperanzas, el maestro y los discípulos se llenan de satisfacción y se apresuran á publicar tan notable adelanto. Cuando se conoce un nuevo medicamento cuyas virtudes se pueden apreciar en vista de los experimentos repetidos que de él se hacen, es un día en que la ciencia se viste de gala: no está muy lejano el en que empezó á ensayarse el cloroformo, y lo que en el colegio de S. Carlos pasó es la confirmacion de nuestro aserto. No solo los ensayos se repitieron con animacion é interés, sino que los resultados que en España se han obtenido con la aplicacion de este anhéstésico, hablan muy alto en favor de la prudencia, del tino y de los conocimientos médicos de nuestros profesores.

En otros países el abuso, ó la inoportunidad de su administracion ha ocasionado algunas desgracias: en España, á pesar de que se ha generalizado su aplicacion, no ha habido un solo caso funesto á consecuencia de su uso, y esto dice mucho en pro de los facultativos españoles, que siempre han merecido y con mucha justicia el dictado de prudentes y reflexivos. Si algo bueno hallasen en ese nuevo sistema, lo rechazarían por temeridad? De ninguna manera: su moralidad, sus honrosos antecedentes, y su conciencia médica, les obligarían al punto á aceptarlo y recomendarlo entre sus discípulos. Podría perjudicar á su reputacion ó intereses la generalizacion de este sistema? (1) De ningun modo: los que mas saben, los que cuentan con mas elementos científicos, y por tanto pueden hacer la aplicacion mas acertada de un sistema, ó de una doctrina, son y serán siempre los primeros en la direccion y los primeros en la recompensa. Y quién duda, que si las notabilidades científicas hubieran descendido á mirar por el lado interesado esta doctrina, se hubieran dedicado á practicarla, y hubieran triplicado sus utilidades? Pero su conciencia la rechazaría, y por nada hubieran vendido la fe de sus creencias y la santidad de su sublime ministerio.

Los improvisados apóstoles de la homeopatía dicen, que los que la impugnan, ni la han estudiado, ni la comprenden.

Famoso modo de discurrir, que revela su clara ló-

(1) Sentimos rebajar la dignidad de la ciencia hasta hablar de esto; pero la insensatez ó malafé de algunos homeopatas ha descendido á ese terreno, buscando en él la causa de oposicion de los hombres notables de la medicina, y nos es preciso no dejar sin contestacion esta supercheria digna solo de faranduleros y charlatanes.

gica, su imparcialidad y su falta de exclusivismo. En qué catedras han aprendido ellos lo que saben de homeopatía, si es que algo entienden?

En ningunas, porque no les ha habido, y afortunadamente para bien de la humanidad, no las habrá tampoco, apesar de aquella real orden que mandaba crear las clínicas homeopáticas. Si lo que saben lo han aprendido de los libros, si ellos no son mas que recitadores de lo que han dicho Hahneman y sus visionarios discípulos, porque tienen la presuncion de creer que ellos solos han leído aquellas descaballadas obras?

El destrozo que de esa supuesta doctrina han hecho los que la han combatido, ha estado siempre fundado en el conocimiento que de ella tenían: han gastado un tiempo precioso en estudiar locuras por el placer de ponerlas de manifiesto, y evitar que algunos ilusos, sin criterio, preyesen las hieroglyphas médicas que encerraban. Léanse esas obras de homeopatía, léanse sus refutaciones, y entonces díganenos si los que combaten eso absurdo, conocen detenidamente todas las fases con que se intenta presentar para la alucinacion de los incautos.

La administracion de los glóbulos ofrece alguna dificultad para el profesor? No solo no la ofrece, sino que el empirismo y la supersticion, peculiares atributos de este sistema, se prestan mas á encubrir la ignorancia del poco versado en la ciencia, y con el *Organón* en la mano, sale siempre del paso sin dificultad, sin que tenga que gastar el tiempo ni la imaginacion en combinar un plan médico, capaz de combatir el mal que intenta curar.

Si la homeopatía tuviera pues, algun valor médico, la adoptarían los hombres eminentes de la ciencia, los prácticos experimentados y los jóvenes de esperanzas, que desearan crédito y reputacion para lo porvenir.

Sentados estos precedentes, que no podrá rechazar ninguna persona imparcial y desinteresada, pasemos ahora á justipreciar la homeopatía, teniendo en cuenta el valor, circunstancias é imparcialidad de los impugnadores y defensores de ella.

No hablaremos de los países extranjeros, donde ha pasado como un relámpago, y ha sido desechada y escarnecida por los sábios y por las corporaciones médicas mas autorizadas. La homeopatía en sus agonizantes esfuerzos ha buscado su refugio en algunas cabezas sin prestigio de ningun género, y por lo mismo la defensa mas bien es una ironía, que un apoyo. Digamos algo de las principales personas que en España han combatido y apoyado ese sistema. Los nombres de Asuero, Frau, Corral, Gutierrez, Mata etc., han aparecido como públicos impugnadores de esa doctrina, levantando en las catedras de la ciencia su autorizada voz, con la que han probado la completa nulidad de un sistema, cuyo fundamento es un contra sentido, y cuyos medios terapéuticos son la nada. Los señores Argumosa, Toca, y los mismos Asuero, Frau, Corral y Gutierrez, han probado en union de otros mil profesores de la capital los excelentes recursos de la medicina de los siglos en la curacion de enfermedades encomendadas á su cuidado. Estos nombres que resumen la parte principal de la medicina y cirugía españolas: estos nombres, que asociados á la mayor y mejor parte de los catedráticos y agregados de la escuela de Madrid, á los de los catedráticos de las demas universidades de las provincias, y en suma á todos los profesores notables esparcidos por los ámbitos de la península representan el estado de adelantos de la ciencia y la opinion que esta ha dado acer-

ca del valor de un sistema que solo se puede mirar como propio para alucinaciones ó especulaciones. Por eso se han agregado á sostener sus vanderías, charlatanes autorizados de médicos por la intriga y el favor: jóvenes de oscuros antecedentes que necesitando vivir de los recursos que el ejercicio de la medicina les produjese, calcularon que con este sistema se cubría perfectamente la ignorancia del profesor, siempre que se vistiesen con el asqueroso manto del charlatanismo, que les daría si menos honra, mas provecho que la verdadera ciencia: cabezas ligeras, en las que las teorías flotaban convertidas en popurri de ideas sin conexión, y cabezas que han arrostrado y arrostrarán en lo sucesivo por todo, á costa de pasar por reformadoras ó adelantadas: hombres en fin, que han pertenecido á cierto partido político de España, que ha vivido siempre en perpétua lucha con nuestro régimen y nuestras instituciones, y han buscado en ese mismo partido el apoyo de su sistema, y las influencias de proteccion con que han conseguido fijar el tablado en que ejercen la repugnante quiromancia. Por eso en ese trono digno de sus antecedentes y su saber gritan desaforados algunos de los que á jornal pagado por el jefe de la charlatanería tienen el encargo (oficio propio de ciertas gentes) de sacudir con el incensario las baldas de su patron y de insultar con máscara puesta y guarecidos con un utilísimo vergonzoso, los respetables títulos de saber y de consideracion, que en sí reúnen las verdaderas lumbreras de la ciencia.

Por eso todos los periódicos científicos de algun valer que se publican en España se han apresurado á probar en el campo de la verdadera discusion médica, y en el terreno de los hechos, que solo por burla pudieran sostenerse los ridículos programas y las aberraciones monstruosas de ese laverinto de Creta, en que á fuerza de tropezones y desengaños, está dando vueltas y revueltas esa secta homeopática, que por ironía dice profesar una doctrina médica. Léanse los números del *Boletín de Medicina*, los de la *Gaceta Médica*, los de la *Union Médica*, los del *Instituto Médico Valenciano*, los de la *Aveja Médica*, los del *Divino Valles*, todos ellos escritos por aventajados profesores de medicina y cirugía, y se hallará confirmado el valor de ese sistema, que si algo tuviera de bueno, ya se hubiera apresurado á ponerlo de manifiesto la verdadera prensa médica, cuyo objeto es tener á sus lectores al tanto de los adelantos que la ciencia alcance en toda la estension del globo. La química ha probado la no existencia de materia medicamentosa en los glóbulos y diluciones homeopáticas, deduciendo lógicamente que si de la materia se han de esperar resultados, jamás se podrán producir por efecto de esa misma materia donde la materia no existe. Si un átomo de verdad hubiera en ese caca-reando sistema, le rechazarían unánimemente la ciencia, el sentido comun y la voz pública? Jamás tal delirio: nunca tamaña ofensa á la razon. Pero lé aquí que necesitamos venir á los hombres defensores de esa locura, y á pesar del tono formal que nos habíamos propuesto tener en este artículo, sentimos que la risa nos retoza dentro del cuerpo, y que nuestro humor se va tornando fustivo. Y cómo suceder otra cosa? La imagen del saber representada en los hombres y en periódicos racionales impone gravedad: la farsa y la charlatanería cuantos mas atavíos ridículos se carguen encima, mas despiertan la joberlidad, convidando á un instante de pasatiempo. Y por qué no aprovecharnos de este momento de recreo? Vengan en buen hora formados en batalla, vengán y á la luz de la

Linterna pasemos revista á los capitanes, ya que ellos mas linchados que portugueses se han dado los grados y condecoraciones: vengan y adornemos tambien sus caricaturas con algunas copillas de las que saben tan mal á los pollitos grajos, á aquellos que visten el capoton de rancheros disfrazados de centinelas, y cuyas armas están tan llenas de hollos, que parece las usan para el reparto del rancho. Vengan pues, no con nombres postizos, sino con los de pila, y démosles la *escelencia* que embellece á sus personas.

Quiénes van primero?—Justo es que sean los de la fracción puritana, que luego llegará el turno á los anabaptistas, que tambien se subdividen en anabaptistas puros y en presbiterianos: tal es la uniformidad de pareceres que entre ellos reina. Y luego dirán que cuantos menos bultos mas claridad; pero tambien repiten los unos y los otros, y en esto se hallan acordes, que de los bolos, los mas redondos. Venga pues, su *escelencia* el señor Nuñez, el padre.... de sus hijos homeopáticos, y abramos el pergamino de sus títulos.—¿Qué estudios tiene? En la gramática parda dicen que es un portentoso: tiene unas cuantas certificaciones de sobresaliente en la materia: él no ha seguido la carrera de medicina; pero como para ser homeópata no se necesitan para nada los conocimientos médicos, ha alcanzado con justicia el nombramiento de jefe de los adelantados. Para alcanzar el título de médico, que hoy posee, que de humillaciones, que de desaires, que de cartas de recomendación y memoriales! Pobre hombre! Las genuflexiones suplieron la ciencia, las recomendaciones los años escolares.... en fin, debieron de decir los que le hicieron la gracia, para homeópata, osos requisitos de estudios y certificaciones sobran: ademas que en eso de las cucañas, el padre Nuñez es doctor y él se las compondrá.—Adelante. Ya tenemos á Periquito hecho fraile, ó mejor dicho, Nuñez ya no es fraile, que es médico y médico homeópata. Dejadle ejercer su ministerio, y vareis curas prodigiosas y... ahí las teneis: en una casa visitó en ocho dias dos enfermos, y los despachó con la imposibilidad de los justos. Sacad la proporción; si de dos, despacha dos, de doscientos despachará doscientos.

En cambio sus monacillos alquilones cantarán su triunfo: no cumplen con menos, pero asombrarán al mundo con uno de esos rasgos científicos de bombo con que asustan á los chiquillos: dirán que la homeopatía ha triunfado, y que los enfermos se murieron por paralización de los pulmones. ¡Magnifico! ya estamos seguros con los triunfos homeopáticos: los que no tienen paralizados los pulmones viven, pero los homeopatas han descubierto que los enfermos se les mueren por paralización del pulmon. En cuanto el movimiento continuo esté comprobado, los pulmones no se paralizarán, la homeopatía llegará á su apogeo, el señor Nuñez será canonizado, y sus monacillos de oficio tendrán que invertir en incienso, mas que en botiquines de petaca.

Este es Nuñez (su *escelencia*), el jefe, el de los méritos, el adelantado á quien reconocen por maestro. Si este es el maestro juzguese de los discípulos.

Se levantó de humor una mañana y jugó en dos por tres á la ruleta: rebujó una muceta en su sotana, tendió las manos, desechó la lana, y cojió por la borla la muceta. Y dijo, si la suerte me conviende, ¿qué me podrá indicar que yo no sea? Al encuentro saldré, que por mi vida, el hombre de sotana tan raída, será desde hoy doctor de la grajea.

Y firmado el pasaporte, como hombre que va sobre ascuas, vino derecho á la corte, donde con rumboso porte es médico y santas pascuas.

—Quién viene ahora?—Lario. ¡Dios mio! Dios mio! Lario, segundo? Nadie puede atinar que es lo que este hombre sabe: en cambio los que le conocen, conocen lo que no sabe: váyase lo uno por lo otro.

Y sin embargo yo infero y para inferir me fundo, que en el arte globulero Lario está bien de segundo, si está Nuñez de primero.

—Quién viene ahora? Ahora va la patulea: ahora entran en ringla

los compadres de Tejero, hombres de gran perspicacia, que son, haciéndoles gracia, fuera de los nueves, cero.

—Y el Excmo. Sr. Hibern? Este no es catódrico? Cómo no ha rebatido en la cátedra á sus compañeros, cuando hicieron trizas la homeopatía? Para qué? En primer lugar los de la comparsa del padre Nuñez se rien del señor Hibern, y dicen públicamente que el *Instituto homeopático* de que él es presidente, ni es homeópata ni entiende de homeopatía. Los habnemanianos se asustaron al ver que una persona que habia estudiado, se queria ir á sus filis, y dijeron—hombre que sabe, venirse á nuestro lado?—*Fúgite*, y le rechazaron de su comunión, y él que no las cuela impunemente, publicó su *filosofía médica reinante* en la que diciendo ser partidario de la homeopatía, ataca los cimientos del sistema por su base, exclamando que la homeopatía lejos de curar con el *similia similibus*, cura con el *contraria contrariis*. Atemos cabos y sacaremos en sustancia, que ni unos suben lo que dicen, ni otros lo que atacan y sostienen. Aquí viene bien aquella aplicación que al señor Hibern dedicó el Sr. Argumosa, en su escaramuza repulsiva, llamándole *gallo vocinglero*, *simbolo de la vanidad y altanería*, *sobrepuesto á una culebra taciturna*, *emblemata del saber*.

Nosotros á fuer de imparciales, no podemos negar que valga lo que valga el señor Hibern, tenga las alucinaciones, errores y extravagancias que quiera, es (y debe ser) el que mas consideración merece de todos los que lata estrictamente profesan el sistema homeopático. Pero tambien creemos que no debe echar en olvido lo que le toca de aquellos parralitos de la escaramuza del señor Argumosa, en que con una admirable verdad, dice hablando del modo de apreciar los fenómenos y del diverso juicio, que por lo mismo formamos de ellos, lo siguiente:

«Esto pende de nuestra organización, pues aunque todos tenemos un cerebro, no se hallarán dos que le tengan igualmente organizado, en cuanto al mayor ó menor desarrollo de los órganos encargados de las confecciones mentales. Los hay de gran capacidad para recibir y retener ideas, y poco aptos para formar juicios de ellas. Háilos igualmente de distinguida facilidad en atesorar hechos, y al mismo tiempo carecen de disposición para fijar su valor: para compararlos y deducir la diferencia en sus semejanzas y la semejanza en sus diferencias. Ya esta falta nos hace inhábiles para filosofar con acierto: pero mucho mas cuando carecemos de energía en el órgano de la casualidad, y deducimos, como el vulgo, la dependencia mutua de los fenómenos, de la anterioridad ó posterioridad de su manifestación, confundiendo así las causas con los efectos.»

«A este mal se agrega otro que hoy cunde como aneja: el de las ambiciones literarias. No hablo del noble y santo deseo de saber, sino del prurito y conmezon por parecer sabios: del pueril afán de figurar en línea superior á los demás. Para estos no hay cosa juzgada: todo lo volverán á poner en tela de juicio para darse el tono de reformadores: y si con la discusión desinteresada gana la ciencia, tambien con la colisión desmesurada pierden la ciencia y la profesión.»

—Aquí el señor Hibern está retratado al natural.

Quiéren nuestros lectores, reconocer el retrato del homeópata señor Obrador, hecho por los mismos pájaros de su bendito sistema? Pues dice así (1)

«Representa el núm. 4.º la rechoncha figura de un aviejo cuadrado con pretensiones de joven petriñete. Cara ancha, casi mas ancha que larga, y tan subida de color, que bien podría sostener la comparación con las figuras del cuadro de las máscaras enterrando la sardina de nuestro inimitable Goya; pedruca rubia y tan rizada como un bellon de lana merina. Esto cuanto al exterior. Sus cualidades morales son poco menos que indefinibles: en primer término resalta su incansable locuacidad, con la que sería capaz de aturdir y marear y hacer saltar de sus sólidos pedestales á las 40 macizas estatuas que

arodean la figura ecuestre de Felipe IV en la plazuela de Oriente. Viene luego la presunción, la petulancia; y es tanto lo que le ciegan estas miserables cualidades, que desconoce el ridículo que se echa encima cuando pregunta á sus enfermos, cómo y por qué método les conviene que les cure. Como si hubiera dos medicinas verdaderas! como si el médico fuera un comerciante de quincalla! Pobre ciencia! pobre humanidad! El origen de este retrato, que cambia de opinion en los puntos capitales de la doctrina que profesa con mas frecuencia que muda de camisa, ha tenido la desgracia de ser hasta hoy una completa nulidad en todo lo que ha puesto la mano. «Y en cuántas cosas la ha puesto! No le falta mas que ser diputado: ¿si le elegirán? Como lo eligiesen, desde ahora se podía compadecer al partido que diera su apoyo, porque la hundiría.»

Solo nos falta hablar de don Pió, homeópata tambien, que segun los otros homeopatas, ni es homeópata, ni comprende la homeopatía: aunque él se desgana en el Ateneo, diciendo que si que la entiende, pero que los que no la entienden, son los otros.

Si reñis entre vosotros, locos, y no os entendeis, cómo quereis que nosotros sepamos lo que quereis?

El sistema globulero con su farsa y sus histriones, es tan solo un reñidero de gallos sin espolones.

Y en la farándula insana de la habnemaniana gente mandan despóticamente el bonele y la sotana.

Basta ya de algarabía, que con lo dicho, el lector podrá juzgar del valor de la ruin homeopatía.

VISITA DE CONTRABANDO.

Erase un matrimonio que unas veces alegre y otras triste iba sobrelevando con paciencia los terribles azares de esta vida; haciendo mutuamente penitencia: ella con tolerarle sus enojos y él con sobrelevarla sus antojos.

Una vez que sentados al brasero estaban de dolencias conversando, dijo el marido á la mujer, te quiero dar un consejo: y ella prestando atento oído se dispuso á escuchar á su marido.

—Si por desdicha mia, (le dijo entonces el amante esposo) llegases á enfermarte bella Maria, no te pido otra cosa mas que evites á todo trance, para mi reposo, la tentación impia de quererte curar con los confites que fabrica la ruin homeopatía.

—Ten en mi confianza; le dijo con sonrisa maliciosa la lementida esposa; y él, no entendiendo la sangrienta chanza se quedó plenamente convencido (que al cabo era marido), de que su esposa de candor modelo satisfaría su laudable anhelo.

Llegó un dia por fin en que indispuerta se levantó de siesta, y el marido que era hombre diligente un médico buscó que la tratase alopáticamente y su dolor impio la curase.

Y en tanto que las calles recorriendo en busca de un doctor iba sudando el esposo infeliz, ella sintiendo ese deseo infando que agita comunmente á las mugeres, de comer de la fruta prohibida, hace que su doncella que es muchacha instruida y en la ficción descuellosa, un médico homeópata la busque que en hora desusada la visite

porque el encuentro de su esposo evite.

Y aquí empezó una lucha para su mal funesta: uno con el *contraria* la curaba y otro con el *similia* la mataba. —Hay un agente extraño el médico alopatóico decía, que la hace á esta señora mucho daño: Y el esposo infeliz se entrística sin poder atinar con el engaño.

Por fin ya decidido á dar á su muger la medicina se levantó á deshora, y fué precisamente cuando el de los anises la estaba arrebatando dulcemente á un tiempo la salud y los monises. Al ruido de sus pasos entró precipitada la doncella, y—aquí está mi señor, dijo asustada: y como en estos casos, sin reparar en nada por todos los respetos se atropella porque ocultar la falta es lo primero, al médico homeópata agarrando de las manos, llevóle á la cocina, y aunque era un caballero, como entraba á curar de contrando le hizo la muy ladina meterse bajo el sucio fregadero.

Pero al poner en la mullida alfombra el esposo los pies, vió fugazmente dibujarse á lo lejos una sombra y al punto diligente la siguió entre temores y recelos y por primera vez sintió los celos.

Como leon furioso á la cocina dirigió su planta porque amaba su honor y era coloso: al verle la doncella encubridora quiso lanzar un grito, y él la dijo—traidora, te cogí en el garlito. ¿Dónde está ese galán, dile, ó te mato, el enclaustrado esposo la gritaba, mientras que como un gato el discípulo de Hahnemann se hallaba ocultando el semblante tras un plato.

—Señor no es un galán dijo la moza: —pues qué es entonces? replicó su dueño? un médico que cura con granitos de un tamaño pequeño, que él llama globulitos: —¿dónde está ese infeliz que así destroza la sacrosanta ciencia de Esculapio? y alumbrando la moza, la dejó ver oculto entre la loza pisando puntas de escarola y apio.

Entonces con escarneo manifestado dijo el esposo con sonrisa fría al ver al pobre diablo descompuesto: Bravo! por vida mía que le hallo á usted en el puesto que debe de ocupar la homeopatía.

Si mi furor se aplaca al contemplar su escuálida figura, no le perdono á usted la torpe niaca de dar á mi muger la confitura que siempre lleva usada en la potaca.

Y haré salir para su mengua eterna este acontecimiento á manera de fabula ó de cuento en la punzante y cáustica *Linterna*.

ALUMBRA LINTERNA.

Hace unos días que una señora de unos 22 años, que vive calle del Meson de Paredes núm. 66 se sintió con ligeros síntomas de aborto: llamó á uno de los de la gragea, la dió un globulito, y los síntomas crecieron: volvió y la dió otro globulito, y nada: dobló triplicó la cantidad de su gragea y erre que erre: al día siguiente los síntomas eran cada vez mas alarmantes, volvió el de la cajita y dijo, con este medicamento hallará V. un alivio notable. Y si así no fuera, le dijeron los de la casa, al ver que cada vez se iba agravando la enfermedad sin que en nada se conociesen los efectos de la medicación? Si esto no sucediera, que no es posible, aquí queda un globulo de otro medicamento, lo tomará y su eficacia será infalible. Tomó pues un globulo y otro y otro y otro y otro.... y que si quieres, los síntomas agravantes subían hasta el extremo de que la enferma pedía los sacramentos. En esto los interesados convencidos de que los anises eran una farsa por lo menos, acudieron á la

medicina secular: eran las dos de la madrugada cuando un facultativo racional prodigó sus auxilios á la paciente que se hallaba en un peligro extremo á consecuencia de la abundante metrorragia y de los intensísimos dolores que la acompañaban. A las cuatro la enferma se hallaba sin metrorragia y sin dolores, lamentándose del tiempo que había perdido con los globulos: siguió pues perfectamente hasta la tarde, en que después de un insignificante dolor, espulsó el producto de la concepción y no ha vuelto á tener mas novedad. Aquí por fin la medicina secular acudió á tiempo de salvar de las garras de la nigromancia una víctima, á quien ya tenían el pasaporte refrendado. En vista de este y otros, y otros, y otros sucesos por este estilo, los que están deseosos de heredar á sus parientes, ya saben á donde tienen que recurrir, para que sus deseos se vean prontamente satisfechos.

Otro caso. En la calle de la Fé, núm. 12 cuarto principal, habita Francisco Jaramillo, de 28 años de edad; en la madrugada del 13 de enero del presente año fué invadido de una pleuroneumonía del lado derecho; en la misma mañana fué llamado el señor de Torres homeópata de bombe y oros son triunfos; este mandó á su edecán, el señor de Cosas, quien se encargó del enfermo. Llevaba á otro en su compañía que por lo visto era médico: después de explorado el enfermo, preguntó el señor de Cosas á su acompañante, cuyo nombre se ignora. ¿Qué harías tu con este enfermo? yo le dispondría una sangría, y después le pondría una ó dos docenas de sanguijuelas, contestó el adlatere, que por lo visto, no era de la cofradía. Qué atrocidad dijo el señor de Cosas: yo no necesito mortificar al enfermo: á los tres días curado, á los cinco levantado.—Me alegraré de verlo. A los cinco días en la visita de la noche dijo el señor de Torres, la pulmonía se ha curado, pero está V. dañado del hígado. (En el Boletín de Medicina se pondrá la historia detallada y se verá si la pulmonía se había curado, y si el hígado estaba dañado como dijo el señor de Torres.)

Manifestó además á su familia, que el enfermo moría sin remedio, que se le diesen los Sacramentos, lo que se verificó el seis por la mañana, porque no habia poder humano que pudiera salvarle.

En este día, el padre del enfermo le pidió al señor de Torres una certificación para que su hijo se casara en el artículo de la muerte, en atención á que un caso de conciencia exigía sin pérdida de tiempo esta ceremonia.

No tuvo inconveniente el señor Torres en darla en términos tan apremiantes y urgentes, que el señor vicario eclesiástico mandó al punto un sacerdote, y el matrimonio *in gravísimo periculo mortis*, se verificó en aquel día: á las doce del mismo se encargó del enfermo la medicina secular, 6.º de la enfermedad y 18 del pasado; y el dos de este mes se ha entregado el enfermo á su ejercicio ordinario.

Si fuéramos á recoger todos los casos que de esta índole están sucediendo, la sociedad se levantaría en masa contra esos hombres que ven la muerte á la cabecera del enfermo, y permanecen impasibles, permitiendo con su sistemático error, que las enfermedades se vayan agravando sin hacer uso mas que de la charlataneria y la espectación. Las enfermedades que para su curación no necesitan mas que de un método expectante, son las que curarán los homeopatas: donde haya necesidad de ayudar á la naturaleza con medicamentos y con tino facultativo, sabidos son los resultados, si los farsantes se ocupan de la curación del enfermo.

Viva la farsa
viva la gerga,
si la comparsa
coge monserga.

—El distinguido actor dramático D. Juan Lombía ha fallecido en la semana pasada después de una larga y penosísima enfermedad. Cuando sus dolencias pudieron ser curadas, atinando energicamente su mal con los recursos de la medicina racional, tuvo la debilidad de acceder á consejos imprudentes de personas que creen en brujas. Condescendió, pues, á ser tratado homeopáticamente por uno de los segundos mágicos de la corte, el cual estuvo dándole globulitos y comiéndole un riñón por espacio de año y medio, en cuyo tiempo, á pesar de las repetidas ofertas de curación que daba el nigromante, el mal se iba arraigando, y la naturaleza poderosa del señor Lombía se iba debilitando por no ayudársela con nada á combatir el mal. Por último, desengañado de tanta farsa, abrumado de padecer sin encontrar mejoría, se puso en manos de un facultativo racional á instruido, quien conociendo la inmensidad del mal en la situación en que se encontraba el señor Lombía, desconfió de su curación, porque la verdadera medicina no cura imposibles; pero encontró medios para prolongar la vida de este artista, vida que ha estado sostenida por muchos meses en fuerza de recursos médicos, hasta que la naturaleza pudo mas que los últimos esfuerzos del arte. Si en tiempo oportuno la medicina secular se hubiera encargado de la curación del señor Lombía, no tendríamos que lamentar ahora la pérdida de uno de nuestros primeros actores dramáticos. La homeopatía debe estar satisfecha.

—El Sr. D. Juan Nicasio Gallego, persona tan conocida por su importancia literaria, como por la política y religiosa, cayó enfermo poco hace, de tanta gravedad que todo el mundo llegó á temer por su

vida. No faltó quien seducido por la charla de la homeopatía, le aconsejase se entregara en manos de los globuleros. Pero el señor Gallego que á su buen juicio y vasta erudición une un carácter inflexible, no tuvo por conveniente acceder á tal insinuación, y gracias á esto y á la verdadera medicina, representada por uno de los profesores mas conocidos de la capital, el Sr. D. Juan Nicasio Gallego está hoy totalmente restablecido, y en el seno de sus apasionados y amigos. Si la homeopatía entra por las puertas de su casa, á estas horas ya habríamos sentido su muerte.

APAGATE LINTERNA.

Hoy que la Linterna se ha empeñado en una lucha sin tregua contra la homeopatía, justo será que un observador desapasionado meta el montante entre los contendientes y apele á la razón ahuyentando las pasiones. Es cierto que la homeopatía repugna á la razón, pero esto no prueba que el sistema sea malo; en medicina como en metafísica la verdad suele estar tan cerca de la mentira que se confunden, y solo el examen imparcial de los hechos puede resolver el problema. Proscindamos de las bases y dejemos aparte el *similia similibus*, y el *contraria contrariis*, y vamos al resultado; comparemos los hierros y los aciertos de unos y otros, y deduciremos que aquel sistema es el mejor, que produce menos víctimas. Los alópatas han alborotado al mundo, por unas cuantas docenas de muertos que en poco tiempo han presenciado impávidos los homeopatas, ayudándolos con la administración de sus preciosos confites. En contra de estas citaremos mas de treinta y seis mil curaciones tan brillantes como rápidas y cuyos testigos no ponemos á continuación para evitar un gasto exorbitante de papel, y añádase á esto que estas curaciones han sido debidas á medicamentos desconocidos, hasta ahora, y cuyo descubrimiento se debe á la homeopatía. Empezaremos por el *Escabiosein*: en el mes de enero de 1848, el regimiento alemán *Ojenes-Ternes*, fue atacado de una sarna tan fea y rebelde que se agotaron todos los recursos de la medicina secular: el regimiento fue dado de baja porque los soldados no hacian mas que rascarse de día y de noche muriendo una gran parte á impulsos de sus propias uñas. Milagrosamente apareció el padre Sejeñeznu y con un globulo de *Escabiosein* aplicado á los botines del tambor mayor del regimiento, en 5 minutos y 9 segundos quedó libre todo él de aquella plaga.

En las caballerizas del príncipe *Türiconi* encerraron una docena de potros tan indómitos que fue imposible someterlos al menor servicio: el doctor Oiral con un globulo del *Hiposudorin* dilatado en un estanque y regando la huerta del príncipe, hizo que los caballos se quedaran como corderos, y no paró aquí la virtud de este enérgico medicamento, pues hizo un nuevo prodigio, á saber, el que la verdura de todos aquellos contornos fuese mas sabrosa aquel año.

Nadie ignora que la enfermedad conocida bajo el nombre de rabia, ha sido desde tiempo inmemorial el escollo de la medicina. A la homeopatía estaba reservado el hallar un antídoto infalible y tanto mas precioso cuanto el mismo animal que produce el daño encierra el remedio. El *hidrofobin* ó sea la baba del perro rabioso, reducida á polvos impalpables y administrada tópicamente, en un globulo del tamaño de un diez y seis mil avo de grano, sobre el pariente mas cercano del mordido, deja á este instantáneamente sano. Mas de cuatro mil curaciones tan brillantes como rápidas, aseguran este método vegetal americano.

El pavo ó sea el estiércol del pavo, envilecido hasta por los refranes, suministra un agente de los mas poderosos contra los resfriados y afecciones de la garganta; con un globulo mezclado con salbado se curaron tres manadas de pavos que padecían viruelas intermitentes.

El *variolin* cura radicalmente las afecciones cutáneas y dolores hostecopos, siempre que estén sostenidos por un vicio de la piel. En el famoso mariscal Blucher, se ensayó este remedio inapreciable: herido por una bala de cañon en un tobillo, con un globulo quedó perfectamente sano; sin embargo, no es dado á todos administrar este precioso medicamento: cuando se destina á curaciones como la que refe-

rimos, es necesario para obtener todo el resultado apetecido poseer el del arte de los conjuros y encantamientos, y haber llegado en este arte á la altura de las sacerdotisas del templo de Irminsul; pues por no haber sido aplicado convenientemente este medicamento en un batallón de granaderos perniquebrados por la metralla en la batalla de Leipsick, si bien quedaron sanos de las piernas, perdieron los brazos por haber reflejado sobre ellos la sombra del emplasto.

No concluiríamos si hubiéramos de referir las curaciones verificadas por el berrein, achicorin, cardilín, verdolaguin y sobre todo por el coliflorin: aseguramos sin exageración que se han efectuado mas de treinta y tres mil curaciones, en menos de seis-cientos individuos: curaciones que unidas á las precedentes forman un total de cero, que dividido por seis-cientos, tocan á lo que puede ver el curioso matemático.

Apelamos á la conciencia y paciencia de los lectores: juzguen con cachaza y madurez si en vista de los hechos que presentamos y de que salimos garantes, la homeopatía es una farsa ridícula, como han querido suponer sus enemigos, ó una verdad digna de figurar entre las de Pero Grullo.

(Un observador desapasionado.)

Escuchame, observador,
escuchame unas copillitas
de aquellas que desagradan,
desuelan y mortifican
á aquel Centinela huero
de la huera homeopatía.

Escuchame, observador,
escuchame y no prosigas,
contando tantos prodigios
y tamañas maravillas:
que si el Centinela sabe
los triunfos de su familia,
nos va á aturdir los oídos
con su ronca gritería:
si cuando mueren enfermos
con su gragea maldita
himnos entona de triunfo
á toda su comitiva,
¿qué no hará cuando conozca
la virtud poderosísima
de esos agentes en in,
sin forma, gusto, ni miga
que así curan á millares
soldados de infantería,
como domeñan los potros
de reales caballerizas?

Tente, tente por piedad,
y no me des más noticias,
que con otras dos como estas,
malas á la medicina,
y hay que levantar altares
al insípido similia.

REMITIDO.

Agallas homeopáticas.

Hasta llegar á noticia nuestra el caso que vamos á referir, creíamos que solos los homeópatas fuesen hombres de muchas agallas (porque en verdad muchas se necesitan para ser homeópata), pero nunca creímos en estos señores la facultad mágica de producir en los demás otras agallas, que las que la naturaleza se ha servido concedernos. Es el caso que cierto caballero valisoletano se hallaba, poco tiempo há, padeciendo una *amigdalitis* simple, vulgo angina tonsilar. Deseando, como es muy natural, verse pronto libre de semejante cuidado, acudió á la *taumaturga* medicina globular, valiéndose al efecto de uno de sus milagrosos ministros en aquella ciudad. Este, que acaba de instalarse en ella, para hacerse conocer y valer, empieza su misión salvadora obrando prodigios; y dando al paciente la salutífera pocion, con el tono profético que á los homeópatas es tan característico, le predijo un muy notable empeoramiento en la siguiente noche, como signo infalible de la acción del medicamento, y precursor de su rápida curación. Llegó la tan temida noche para el enfermo, y transcurrieron otros dos días sin que nada notable acaeciese, fuera de la marcha natural y progresiva de la angina, que cada vez se hacia mas insoportable al paciente: cuando ya empezó á sentir sofocación, hizo llamar al homeópata, que no había vuelto á comparecer, á causa de la seguridad que del buen éxito y eficacia del medicamento tenía. Llegó el homeópata, hace abrir desmesuradamente la boca al enfermo, y, ¡oh virtud singular y admirable de los globulitos!!! porque nada de lo infalible, aunque tardío, de su profecía faltase, hizo notar á todos los circunstantes otra angina, que él

artificialmente había producido al lado de la primera, y que era justamente por la que le había pronosticado el tan notable empeoramiento. De suerte que sin saber como, ni cuando, nuestro enfermo se encontró con tres agallas. No tuvo cuatro, que á la verdad no le hubiera hecho mucha gracia, porque la del lado opuesto estaba sana. Pero lo mas notable de su rápida curación fue, que la inflamada agalla se abrió, y después de haber supurado lo suficiente se cicatrizó, y el hombre quedó completamente curado. Aviso á los médicos alópatas que nunca han podido curar anginas.

Otro aviso mas interesante.

Quejándose la esposa del caballero arriba citado, de cierta indisposición en los pechos, por hallarse criando, el mismo nigromántico de la angina la ofreció un remedio para suprimir instantáneamente la secreción de la leche, prometiéndola del mismo modo su reaparición cuando quisiese.

J. P. H.

Las nodrizas que leche en abundancia
quieran tener, para criar de oficio,
que acudan á la nueva nigromancia,
y verán cual se ocupa en su servicio
para engordar á la encojida infancia.
Glóbulos os darán á todo pasto
si soltais buenamente la monserga,
y con este mezquino y pobre gasto
no temáis que se agote vuestro abasto,
que mas leche tendreis, que agua el Pisuerga.

COMUNICADO.

Señores redactores de la *Linterna Médica*.

Madrid 14 de febrero de 1851.

Muy señores míos: he de merecer de la fina atención de vds. se sirvan dar cabida en el próximo número de su periódico al adjunto artículo que con esta fecha he dirigido á los del Centinela de la Homeopatía, á cuyo favor les quedará reconocido

S. S. Q. B. S. M.

Manuel Codorniu.

Madrid, 14 de febrero de 1851.

Señores redactores del *Centinela de la Homeopatía*.

Muy señores míos: En el número de su periódico correspondiente al 10 del mes actual han insertado vds. una fábula insolente á la par que ofensiva en extremo á mi moralidad como médico y como caballero; y por mas que esté seguro de que las personas que me conocen y puedan leer dicho artículo le darán el verdadero significado que tiene, como la generalidad de los lectores no se hallen en el mismo caso, me veo precisado contra mi gusto, porque no fui nunca inclinado á descender al terreno de las miserias, á exigir de vds. que con arreglo á la ley den cabida en el próximo número de su referido periódico á estas líneas.

Dicen vds. que Doña A. de G. padecía una afección herpética y las incomodidades consiguientes á esta enfermedad; y que encargado yo de su asistencia como médico de cabecera me brindé á curarla homeopáticamente después de haber agotado sin fruto todos los recursos de la medicina alopática, á lo que la enferma se resistió, poniéndose en manos de un verdadero homeópata, práctico sobradamente acreditado, á quien debió la curación de sus herpes y de todas las incomodidades que las acompañaba.

Menos ligero yo que vds. en prodigar calificaciones ofensivas, me abstendré de llamar al autor del precitado artículo *vil calumniador*, que es como se señala al miserable que valiéndose de la mentira ataca la reputación de otro, porque quiero suponer que efectivamente Doña A. de G. no es un personaje ideal, y que vds. han sido torpemente engañados; pero se hallan vds. en el deber, como hombres de honor, de publicar el nombre de esa señora, y de las demás personas á quienes dicen vds. también que he tratado homeopáticamente; y espero que lo harán así para no merecer la odiosa calificación de que acabo de hablar.

Restame solo decir á vds. por si lo ignoran, que hace mas de cuarenta años que ejerzo la honrosa profesión de la medicina, sin haber tenido que apelar á los reprobados medios que me atribuyen para ganar el sustento de mi numerosa familia, pues ademas de haber merecido desde muy joven la confianza del gobierno para el desempeño de varios cargos, me ha favorecido también la opinión pública en los diferentes países donde me he hallado, viendo quizá en mi moralidad y en mi eficacia, sino en mi saber una garantía del acierto.

Sepan vds. por último que amante como soy de la ciencia me apresuro á adoptar todo lo que considero útil para mitigar los males de mis semejantes, así como repruebo indignado el inicuo comercio que el charlatanismo hace con la ciega credulidad del vulgo.

Es de vds. atento S. S. Q. B. S. M.

Manuel Codorniu.

Tan acostumbrados estamos á ver chismes y falsedades en el *Centinela*, que al leer el que se refería al respetable señor Codorniu, nos reímos, diciendo «otro de tantos.» El día en que el *Centinela* diga alguna verdad, es muy posible que haya un terremoto.

to, y los inspiradores y los monacillos del *Centinela* se interesan mucho por la tranquilidad pública, para que traten de proporcionar un mal rato al pueblo de Madrid. Los pocos que saben que el encanijado *Centinela* vive, hacen tanto caso de la algarabía de rengiones que contiene, como de las voces de el titiritero, que hace equilibrios en la calle. Y desde que D. Pío nos dijo quítenos eran los que bajo la ferula del doctor francés, se prestaban á desempeñar el oficio de escribientes..... la sonrisa mas espresiva acompaña á la lectura de tales articulejos. He aquí la opinión de uno de los lectores del *Centinela*, acerca de los escritos de los conocidos redactores del mismo.

Cuando me encuentro aburrido

y con afán dormir quiero,
leo un renglon escojido
de un escrito de Valero,
y al punto quedo dormido.

No quiero hablar de Iturralde
ni intento seguir sus huellas,
porque hay cosas, que hablar de ellas
es gastar el tiempo en valde.

De Tejero hablar no quiero,
porque bien considerado,
no hay tiempo peor gastado
que el que se gasta en Tejero.

CRONICA.

El periódico de los grajos de la medicina, dice con esa impudencia que le distingue, que la responsabilidad médica que nosotros exigimos á los homeópatas por cada enfermo que se les desgracia, debe exigirse igualmente á los médicos racionales cuando algun enfermo se les muera.

Los médicos son irresponsables ante la sociedad, de los enfermos que se desgracien, cuando aquellos han cumplido su deber hasta el último extremo, poniendo en juego cuantos recursos ofrece la verdadera medicina. Pero el médico que por capricho, por fanatismo de un sistema que como la homeopatía está rechazado por la ciencia y por la razón; por mala fé etc. contribuye á que el enfermo sucumba, debe ser responsable ante la sociedad de la inmensa falta que comete con su conducta. Los enfermos no están sujetos al capricho irresponsable de un médico que quiere hacer ensayos funestos á costa de la vida de sus semejantes. Por esto los homeópatas son y deben ser responsables de estas desgracias, y creemos que la autoridad no debe mirarlos con indiferencia.

Los periódicos políticos *El Observador* y las *Novedades*, han tratado con mucho acierto el uno en artículo de fondo, y el otro en un folletín suscrito por B. M. Araque la trascendental cuestion de administrar por sí los médicos homeópatas los medicamentos á los enfermos. Tanto los periódicos citados, como los reconocidos órganos de la cirugía y farmacia, la *Union* y el *Restaurador*, han demostrado los males que puede traer á la sociedad ese abuso; y si las autoridades no se apresuran á atajarlo, la vida de los hombres estará á merced de los malvados que tengan un título médico. El *Centinela* que grita, hasta cuando miente y calumnia, no ha dicho una palabra sobre este asunto. Se conoce que el doctor francés ha mandado á sus escribientes que no toquen una cuestion, que le amanaza tan de cerca, y de cuyos resultados daremos cuenta á nuestros lectores, cuando sepamos que los subdelegados han cumplido con su deber. Las escitaciones y trabajos de la *Linterna Médica* no son inútiles, mal que peso á los pujaritos del *Centinela*.

El *centinela de la Homeopatía*, que á sus sandeces y pragueos une la falsedad en todas sus fases, dice con la osadía que le distingue, que la *Linterna* busca recomendaciones de compromiso para que la alabe la prensa. Aunque poco debe suponer el dicho de un periódico, órgano de la farsa, la mentira y la calumnia, es de nuestro deber decirlo, que la *Linterna* ni ha mendigado, ni mendigará jamás elogios de nadie: por eso la halagan mas los que espontánea y repetidamente se la han prodigado. Y miente grosera y villanamente, quien tal diga, ó tal sostenga.

Algunos periódicos han dicho que vá á publicarse uno nuevo que llevará por título *Reforma Médica*, y que se consagrará á la conciliación de los diversos sistemas médicos. Si de estos sistemas se exceptua la homeopatía, el empeño no seria acaso imposible; pero si trata de que haya mistificación entre los médicos racionales y los ilusos, que es como si dijéramos del saber con la ignorancia, de la locura con la prudencia, de la buena fé con la especulación etc. etc. entonces el trabajo será infructuoso. El tiempo nos lo dirá. No cabe conciliación mientras los homeópatas no hagan una pública confesion de sus desaciertos, (que no la haran porque entonces les faltaria la monserga), comprometiéndose á estudiar para consagrarse á la curación de los enfermos y ser útiles y no como ahora, una carga pesada á la sociedad.

Imp. á cargo de Manuel A. Gil, Estudios, 9.